Ariel Dilon

El desarbolado

capítulo II.

 Sargentos frenéticos descendiendo en paracaídas de cristal: la araña de caireles. No menos de quinientos watts que, antes de tocar tierra, exhortaban a lentejuelas zafiros y calvas a dar de sí todo el brillo acumulado. El fingimiento intercambiaba zalemas en medio de aquel espeso resplandor guerrero, y las sombras, espantadas, corrían como ratas a refugiarse entre las molduras del cielorraso. Sobre mullidos canapés se recostaban, sugerentes, las alcaparras, llevadas en bandejas de vuelo rasante que manos cubiertas de anillos saqueaban —rosa de los vientos de la avidez— desde todos los rincones del aposento. Era la primera salida del cónsul, ya bastante en forma y elegante sport, del brazo de Elga que como siempre adoraba mezclar sibaritismo con sentido del ridículo: lo arrastró al fondo del salón, donde se deleitaron ante una mesa aún no descubierta por los atracadores de bandejas. Alternando con bocadillos de foie gras, mini-brochetas de carne de ciervo y panecillos rellenos de trucha ahumada, dos o tres icebergs en forma de flanera ofrecían su interior obscenamente atiborrado de caviar. Del salón contiguo, en el que por fortuna no quedaban sillas libres, llegaron las palabras finales de la arenga a cargo de la vieja dama de voz crepitante y expedita que era dueña de casa y jefa de las benefactoras. Resuelta a no importunar demasiado con detalles sobre el sufrimiento del prójimo y la felicidad revelada en el trance de ayudarlo, concluyó instigando a la concurrencia a prodigar su amor en forma de cheques al final de la velada, ante una mesa dispuesta a tal fin junto al vestidor, y pasó *illico* a concentrarse en el arte de recibir, anunciando el nombre de la soprano invitada de esta noche que el señor Ehr no retuvo, evidentemente. Tras unos breves aplausos de salva sonaron los primeros acordes de un piano, y en el silencio inmediatamente invocado una enorme rana con collar escalonó saltitos sobreagudos en su charco de gasa azul. Elga le dijo por lo bajo al cónsul: *Mais qu’est-ce que cette Castafiore-là, dis donc?*

 Había tenido que convencer a Mãrlo de que salieran, con la excusa de la gala. El cónsul hoy estaba de un humor de perros, nada le venía bien, ya desde la mañana había estado zumbando su descontento y hasta se había peleado con una pobre telefonista. Después refunfuñaba contra los servicios públicos, en algún momento no supo Elga si los de acá o los de allá. Durante el almuerzo, ella le había mencionado las vacaciones, a ver si eso lo animaba un poco, pero la nube bucarí, como solían llamarla con Natalia, le pesaba sobre las cejas, no le dejaba ver el lindo día que hacía ni disfrutar de la carne a la cacerola preparada por Anselma ni de la felicidad de tener a su mujer y a su hija sentadas a la mesa, entusiasmándose con la idea del mar. Natalia, había que admitirlo, no parecía muy convencida, decía que no quería estar lejos de todo, y la señora Ehr sospechó, agazapado en algún rincón de ese conjunto indefinido, un noviecito potencial. No hizo siquiera una alusión discreta por no alterar a Mãrlo, que a todo contestaba vamos a ver vamos a ver y de cuando en cuando volvía a rezongar: ¿es posible, ni un telegrama en más de tres semanas? Después del café se metió en su despacho y a media tarde salió más sereno, tras la dosis de papelería bucarí, él mismo le propuso un té y ella lo invitó a tomarlo en el taller, cada uno sentado taza en mano en un taburete alto y hasta le dejó ver el adefesio en el que estaba trabajando: pensó que si por una vez lo hacía partícipe de sus dudas y lo obligaba a defenderla contra su exceso de autocrítica, él se vería obligado a ponerse positivo. Así fue, nomás, lo que puede el amor. En su despacho el señor Ehr había estado concibiendo planes y estrategias, redactando un borrador del informe sobre la cuestión de las patentes, exhumando de su archivo papeles viejos sobre ese mismo asunto: ahí estaban las copias de sus cartas cursadas al FöraMin, los despachos con la firma de la canciller Fröne y los otros, sobre un papel ya más ajado y amarillento, rubricados con el elegante rizo en tinta azul que era la marca inconfundible de *peer* Merlanz, los delicados timbres postales de colores con la efigie de Duchårvas o la fachada del Musëi va Zdupt, los sellos de la oficina de correos de la circunscripción Nåpiker, cruzando en diagonal la placita frente al palacio Rodalã, al lado del restaurante con salón fumador donde los funcionarios del FöraMin se escapan a comer barato y a conspirar. ¡Öngle Tremördã! Así se llama: la casa “del Tío Tremö”. En su viejo Atlas estuvo estudiando una vez más el territorio búcaro, exploraba los mejores pasos de frontera para trazar un circuito alternativo, llegando por tierra desde los aeropuertos de países vecinos –en fin, los más amigos, los que no estuvieran en guerra entre sí o con sus economías por demás deprimidas– a fin de evitar tediosos trasbordos, imaginando itinerarios nuevos que fuesen aptos para un turismo no convencional: por ejemplo, navegación de los ríos interiores del valle del Garmaï, recorriendo el rosario de pequeñas ciudades típicas —Nipnika, Tulmefô, Dobodoëme—, más arriba del delta del Fraëm, donde este río muy pintoresco vierte sus aguas en el Bucårin; o incluso más allá, remontando hasta el lago Fisgö para visitar la cascada del Buj. Elga lo escuchaba encantada. Para estimularlo, le propuso organizar un primer viaje por cuenta del consulado para agentes de turismo y algunos conocidos, a fin de que luego cundiera el boca a boca, “y de paso nos hacemos un viajecito de novios”. En un momento —acaso porque al decir eso lo hizo pensar sin quererlo en el presupuesto—, Mãrlo se le volvió a resbalar hacia el malhumor, dijo que se había pasado más de una hora tratando de comunicarse a través del discado directo internacional. De hecho, era muy raro que alguna vez llamara él, al Rodalã, en lugar de que lo contactaran ellos desde allá: los días martes, antes de retirarse, al caer la tarde, de las oficinas, para que el llamado cayera hacia la media mañana porteña, el secretario Doëple le encargaba a algún asistente que lo comunicara –obviamente para ahorrarle al consulado la carga del servicio, que en Argentina era carísimo–, aunque la mayor parte de los intercambios se realizaban por correo certificado, y con muy escasa frecuencia por valija diplomática. Para la computadora él era un negado total, ni siquiera tenía una en su despacho —y aparte de la de Natalia, no había ningún otro aparato de esos en la casa—: en cualquier caso era innecesaria, ya que la burocracia bucarí seguía funcionando a la antigua, todo en papel, con su correspondiente sello y su firma, que eran a la vida administrativa lo que el apretón de manos al *amicorum fide inter pares*. No recordaba que fuese tan difícil comunicarse. Ya harto de no pescar ni un ruidito al otro lado de la línea había probado pedir ayuda a la telefonista. La mujer, que tenía voz de maestra resentida, le preguntó el código del país y cuando él se lo dijo tardó un rato en responder, tanto que pensó que se había cortado la comunicación. ¿Haló? Sí, gracias por aguardar, señor, no me figura ese código de área, ¿está seguro de que no lo han cambiado? Eso me sorprendería mucho, señorita. Nuevamente le pido que aguarde un momento en línea, señor, por favor. No, con ese número no hay ningún destino, ¿me puede repetir el nombre de la ciudad y el país, si es tan amable? Farbendã, República de Bucaria. Silencio. ¿Me repetiría otra vez el nombre de la localidad, señor, por favor? Farbendã, capital de la República de Bucaria. Nnnnnnn… no. Faisalabad me figura, pero es en Pakistán, señor, no en Buc… ¿cómo dijo? República de Bucaria, señorita. ¿Está seguro de que ese es el nombre? Silencio, una respiración pausada y luego Sí, señorita, muy seguro. Modulando: Farb-en-dã. Se escribe con… en fin, búsquelo como Farbendai o Farbendam o Farbendá, con acento... con una especie de acento en la a. Faisalabad me aparece, señor, ¿seguro que no es Faisalabad? Silencio. Ya le he dicho que no, señorita, ningún Faisán de no sé qué, mucho menos en Pakistán, eso le prometo. ¿O puede ser Faridabad, en la India…? Silencio largo, dos o tres respiraciones potentes, al borde del bufido. Tono crispado y, no obstante, cortés: No, no, no, señorita, le aseguro que la ciudad de Farbendã no se encuentra en la India ni en Pakistán, sino en Bucaria, la República de la Bucaria Íntegra Rediviva, el país donde nacieron mis padres y también mis abuelos y a cuyo cuerpo diplomático pertenezco, de manera que sin temor a equivocarme puedo afirmarle que ése es el nombre. Un momento, por favor, señor. Señor, gracias por aguardar nuevamente en línea, lamentablemente con ese nombre no me figura ninguna localidad, ¿puedo ayudarle en alguna otra cosa? La muy *tröfle*, ¿¡pero será posible!?, pensó, y no dijo, aunque por un momento temió haber dicho, el señor Ehr. En cambio declaró esto: Solamente necesito que me comunique con el número que ya le indiqué, señorita. En la ciudad de Farbendã, como le he dicho, en la República de Bucaria. Pero no me figura en los listados, señor –¿le pareció a él, o la voz antes impasible se había quebrado de pronto en una nota de cuasi-llanto, para recuperarse enseguida en las razones operativas?–: y sin un código válido de ciudad no puedo… ¿¡Válido, válido!? ¿¡qué quiere decir con eso de válido!? ¿Puedo ayudarlo en algo más, señor? (desairada). El cónsul había cortado hecho una furia: ¿Podés creer? Le pedí que me pase con un supervisor pero después no tuve paciencia, me dejaron colgado en la línea no sé cuánto tiempo con esa musiquita de mierda, que te enloquece. Ya estaba en su frente la nube que le hundía las cejas: como una repisa en la que alguien hubiese apoyado un paquete demasiado grande, justo en el centro, doblándola bajo el peso como de diez años de fatiga adicional. Tuvo que volver a rescatarlo, Elga. Otra vez probó mostrarse contrariada por el bendito cuadro (en el fondo lo había dado por muerto hacía semanas, ya no esperaba salvar nada, ni siquiera el bastidor). El señor Ehr se impacientó, porque en la primera andanada, mientras el té y el entusiasmo por ser admitido en el santuario todavía estaban calientes, había desplegado todo su repertorio –que era tirando a escaso– de observaciones colorísticas y comparaciones halagadoras, pero la misma inanidad de los elogios y el desaliento que le provocaba tener que repetirlos lo obligó esta vez a refugiarse en una gestualidad persuasiva y en un tono de voz de flagrante evidencia: en una palabra se puso galante y adulador, y ella aprovechó para sacarle el tema de la velada caritativa.

 Hacía ya unos cuantos días que el señor Ehr, contra el magro sobrante del presupuesto del año anterior, compuso un cheque a la cuenta de la sociedad de beneficencia y lo metió en un sobre junto con una nota de agradecimiento: no confirmaba su presencia debido a una reciente intervención quirúrgica de la que se hallaba convaleciente, lo que podría, eventualmente, impedirles a él y a su señora esposa tener el placer inmenso de asistir a tan meritoria reunión. Ya está, no estamos obligados, y yo más bien tengo pocas ganas de esa clase de fantochadas. Pero Elga insistía. Le dijo que se iban a divertir, que se atiborrarían de cosas ricas, ahora que él no tenía que cuidarse tanto en las comidas. Además, era gratis. Sí, gratis, ironizó el señor Ehr, sin enojarse: ellos hacen beneficencia pero yo pago el champagne. Elga Rush se preocupó, discernía una señal de pesimismo en la elección pronominal. Curioso que hubiese dicho “yo” y no “nosotros”, o “todos los tontos que colaboramos”, o, en el peor de los casos, “uno”, o bien: “el consulado”, “la Bucaria Rediviva”, “la patria” en fin. Logró convencerlo con el argumento de que le iba a venir bien ponerse guapo y, sobre todo, exhibir como era debido a la belleza perenne que tenía por mujer. Estoy aburrida de tanto renegar con esa pintura idiota –la señaló con desdén– y tengo un lindo disco de canciones francesas que me trajo Rita del viaje, lo podemos escuchar en el auto. Él dejó su taza y saltó del taburete para abrazarla. Le susurró al oído un sobrenombre jamás pronunciado ante extraños y unas promesas íntimas en bucarí, que el decoro nos prohíbe reproducir. A Elga, en cambio *–Qu’est-ce que ça me plaît quand tu es câlin!*–, el romance le reavivaba la lengua del padre, otro nostálgico, que la mandó a una escuela francesa y le hacía recitar a Victor Hugo antes de la cena, tal vez fuese por eso que ella comprendía en parte las delicias y desvelos de tener una segunda patria. El señor Ehr, aunque apenas si sabía decir *bonjour*, le entendía casi todo, tantos años de mutua adivinanza. Un par de horas después salieron para la gala medianamente emperifollados, rodaron en el arrullo de las voces sucesivas de Yves Montand, Charles Trenet, Piaf, Brel, a bordo del coche oficial que al cónsul le encantaba manejar. La Bucaria no poseía una industria automotriz, pero podía pagarse buenos vehículos para sus delegaciones (impresión que se había forjado desde que, durante su viaje de asunción del cargo, el entonces canciller Merlanz lo fue a buscar al aeropuerto de Farbendã en su Facel Vega HK 500 1961 coupé, blanco por fuera y rojo por dentro como una almeja o un fruto exótico; pero él —esta razón nunca se la había confiado a Elga— había optado por darse a sí mismo unas valvas más viriles): la consciencia de que allá en la proa la patente diplomática les iba abriendo paso acentuaba esa sensación de viajar sobre un colchón de aire o a bordo de un suntuoso barco negro que atraviesa solemnemente la rada, provocada por la suspensión mirífica, la majestad del andar, la aceleración silenciosa, el instantáneo acato a los deseos del conductor por parte de la máquina. Él mismo había elegido cierto modelo no último, no nuevo, en un gesto entre sofisticado y clásico que desdeñaba tanto la ostentación como la medianía, ya que el auto refleja como ninguna otra cosa la imagen que un hombre —y que un país— aspiran a dar de sí.

 Aplaudieron un poco exageradamente al batracio que ahora había pasado de los lieder al tango, sin cambiar el ademán ni el timbre ni el fraseo: decididamente de otro pozo. Esta vez Elga se atrevió incluso a gritar: ¡Bravo, bravo! Estaba exultante: la risa interior la transfiguraba, parecía inyectarle juventud y alegría en cada célula, sin dejar no obstante de mostrar un gesto serio y una mirada apreciativa, con apenas a pie de página una sonrisa sin sorna visible. Por un rato el señor Ehr estuvo menos atento a su desasosiego, disfrutando de la compañía y la complicidad de su mujer, sin que dejara no obstante de sentir en todo momento una sutil urgencia en alguna parte no localizada de su cuerpo. Algo achispado ya, y a él en cambio le costaba contener la risa. Nunca fue bueno para el disimulo. Los diplomáticos de carrera, pensaba, debían entrenarse para esto. Le propuso a Elga salir a terminar la copa afuera: hacía una noche espléndida. Era un quinto piso muy alto que sobrenadaba aquel barrio de viejos petit-hoteles familiares y dominaba una plaza poblada de jacarandás, cuyas copas, exuberantes de hojas y pimpollos, rozaban el balcón terraza del edificio como inmensos ramilletes que le hicieran cosquillas en la nariz.

 Así estuvieron, acodados en la balaustrada, copitas de champagne en mano, con una brisa fresca que les alegraba los poros. Ella enlazó su brazo al de él y volvió a hablar del mar, de huir de la ciudad antes de que empezaran los calores, el engrudo que rezumaba la ciudad en el verano. Él se dejó llevar, no le gustaba gran cosa la playa pero sí salir a comer con sus dos bellas damas, caminar del brazo de Elga a la salida de un cine, ir a buscar el diario de la mañana en alguna avenida enjardinada, desayunar en barcitos con vista al mar. Probaron nombres de lugares: el de siempre, algo distinto, no se decidían, cada opción tenía sus pros y sus contras; terminarían en el de siempre, dijo ella, de puro indecisos. No era una crítica, sino una constatación cariñosa. Pero estaba tal vez demasiado fresco, ahora que ya era francamente de noche, así que enfilaron para adentro. Al parecer el concierto había terminado y los golpeó el vocerío, conversaban todos al mismo tiempo y de pie en los dos salones contiguos de donde un silencioso ejército de servidores debía de haber retirado las sillas dispuestas como platea. La gente se saludaba efusivamente, parecían haberse multiplicado, excitados por el alivio de ver que tocaba a su fin la tortura musical, o por la palpable inminencia de más y mejores bocadillos. Las mozas que servían los canapés y las bebidas se abrían paso con dificultad entre la muchedumbre de almas caritativas. Elga y el señor Ehr dejaron sus copas sobre una repisa de mármol rojo, al costado de un reloj abominablemente barroco en el que toda clase de rostros aterradores brotaban de la superficie de oro fundido, representación del infierno del rico. Al volverse quedaron frente a frente con la mujer de la voz desvencijada, que los reconoció y celebró su presencia: por lo visto los ubicaba perfectamente, enseguida le preguntó por la salud, agradeció que hubieran venido a pesar de todo y alabó tanto pero tanto su contribución que por un momento el cónsul temió haber hecho un cero de más en el cheque. La mujer se puso a decir todo lo que la sociedad que dirigía había hecho en el último año por... —¿quiénes? ¿niños expósitos? ¿madres niñas? ¿veteranos de guerra? ¿enfermos de leucemia? el cónsul se distrajo— ¡y todo lo que faltaba por hacer! Hasta el último pesito ayudaba. Los Ehr intercambiaron una mirada rápida. Habríamos querido aportar más, dijo Elga, con esa calidad que tenía para mostrarse siempre en paz consigo misma, aun cuando lo que decía conllevara el reconocimiento de algún menoscabo. El señor Ehr puso cara de circunstancia y retomó la idea, agradeciendo el pie: Desde luego, como usted imaginará, allá la economía no atraviesa su mejor momento, con la crisis europea que afecta muchísimo. No sería prudente prometer nada, pero él no descartaba que dentro de pocos meses pudieran hacer un nuevo aporte. Ah, eso sería magnífico, magnífico, un verdadero lujo, dijo la anfitriona, cuyos labios no parecían articular al compás de las palabras que emitían: era como si el movimiento llegara un poco después. La conversación ya decaía cuando un hombre se acercó a saludar a la imitadora de sí misma. Él inclinaba la cara hacia ella y murmuraba alguna cosa, sonriéndole con todas las arrugas rubicundas a la vez –su cara era como un fiordo noruego o el famoso cañón, anfractuoso y colorado–, y ella soltaba risotadas que parecía haber ensayado, arqueando la espalda y echando la cabeza hacia atrás, con una elasticidad en el cuerpo que la rigidez facial no habría dejado sospechar. Ay, este Fermín. Discúlpenme, no los presenté: Fermín Bazterrica, gran director de orquesta, viajero incansable y amigo de toda la vida; el señor cónsul de Bulgaria y señora... Pero el resto de la frase, si era una frase, el señor Ehr no lo oyó. No supo si la mujer dijo bien su nombre, si dijo su nombre o la marca de una pomada para zapatos, lo mismo daba. Solamente la veía gesticular, mientras el tal Fermín y la señora Ehr asentían, sonriendo, y Elga echaba miradas discretas y preocupadas en dirección a él, pero él sentía como si una aspiradora hubiese succionado el sentido de las palabras, dejándolas como conchas vacías sobre la arena que el viento hacía repiquetear unas contra otras, y de fondo nada más que el runrún general e indiferenciado de las voces de la reunión, que le golpeaban el cuerpo como olas invisibles y regulares, mientras la resaca de esa marea turbia le latía en las sienes, en los oídos, y bombeaba al interior de su cerebro esas mismas aguas sucias. Ahora los tres se reían: la mujer desfasada, Ibn-Batuta y Elga, aunque Elga discretamente le había tomado la mano y lo sostenía con firmeza, echándole furtivos vistazos que casi formaban —apenas un poco más que los sonidos— una especie de lenguaje. De pronto algo se destapó en su cabeza como ocurre a veces un rato después de aterrizar o de salir del mar, y una palabra vino a destacarse de manera nítida en medio de la nube de vapor sonoro. Raro, pero nunca antes el cónsul había tenido la oportunidad de examinar detenidamente una única palabra, las palabras siempre venían de a muchas, aun si uno intentaba pensar en una sola, las otras se le pegaban, con un espíritu de cuerpo parecido al de los líquenes o los mejillones, formando solidarias praderas de opacidad. Era una palabra banal, bastante idiota e insignificante, y sin embargo llena de un color que le bastó para traer consigo, de vuelta, todo el lenguaje perdido. Se preguntó si estaba sufriendo un ACV. Pero no, allí estaba esa palabra: perturba, perturba, la había pronunciado el golem asíncrono, vaya a saber a cuento de qué. Perturba. *Peer* Turba*, trouble, Trüblo*... El señor Ehr se sintió mareado, tenía de pronto unas ganas locas de irse, Elga podía sentirlo, como si la información le llegara directamente al cerebro en la clave morse del pulso, que ella palpaba a través de la mano guardada en la suya. No queríamos faltar por nada del mundo, por nada del mundo, pero lo cierto es que ya deberíamos irnos, anunció: el Cónsul aún está convaleciente y no debemos abusar de lo que viene siendo una excelente recuperación; de hecho, es su primera noche fuera de casa, ¿no es así, querido? Pero él ni siquiera asintió, miraba fijo un punto por detrás de la oreja del músico. Durante la pausa, la elástica del juego de labios diferido se inclinó hacia atrás y volvió a enderezarse, habiendo exclamado ¡Caramba, qué honor!, y entonces Elga Rush, *Madame le Consul*, dejó caer por fin, de manera magistral, la pieza de convicción: En un evento de tanta trascendencia como éste, nos pareció que el país –y aquí sí, subió un tono y un decibel su voz de por sí resonante–, que la República de Bucaria no podía dejar de estar representada. Parálisis de los otros dos, como juegos de feria en corte de corriente. La palabra última, con sus doradas resonancias, había venido a desplazar a la otra, zonza y anodina, y el señor Ehr se dio cuenta del complicado circunloquio que ese diamante en bruto que era, efectivamente, su mujer, había tenido que imponerse para dejar resonando, definitivo, en lo alto de una pila de lugares comunes, el nombre del país al que se había unido en matrimonio. Le apretó la mano: gratitud, pero también una desesperación soterrada. Se sentía tan cansado, tan ajeno, toda la alegría del champagne y de la brisa fresca se había gastado bajo la fricción implacable del mundo. El cuerpo le pesaba, pensó que en una de esas era cierto nomás: todavía estaba convaleciente, si acaso no era la pura y simple vejez, que se había colado junto con el bisturí para traspasar sus murallas y encontrarle el punto flaco. Por esta noche ya bastaba. Estaban doblemente agradecidos –dijo la ventrílocua y el señor Ehr miró la bomba de labios de retardación– por el esfuerzo que habían hecho al asistir a la reunión. Le deseaba al señor cónsul el más pronto y total restablecimiento. Debían saber que en esa casa siempre, siempre serían bienvenidos. En la última tirada, el playback casi no se notó.

El cónsul manejaba muy serio, mientras Elga le echaba miradas furtivas, preguntándose si la “velada” no había sido demasiado para él, si todo seguía dentro de los límites de una *gaffe* sin consecuencias, si el cónsul seguía bajo el amparo de los cuidados que ella podía ofrecerle o si había que alarmarse un poco más, un poco más. *J’ai deux amours, mon pays et Paris*…, cantaba una dama que a todas luces, o a todas voces, no era Josephine Baker. ¡Y ahora esto!, se dijo Elga, sorprendida en su buena fe musical. Buscó el librito cuadrado del CD. Madelaine no sé qué, versión de una versión de una versión. No iba a apagar la música, habría sido como revolver la cuchilla en la herida, en todo caso parecía tan abstraído, Mãrlo, tan reconcentrado rumiándose él mismo que tal vez no había reparado en la letra, que por lo demás podía no entender del todo... Pero claro que entendía, por Dios. En todo caso, tal vez ni la escuchaba. Manejar parecía sosegarlo, así que le propuso seguir rodando sin rumbo, ver las luces de la ciudad, Mãrlo no respondió pero tomó la avenida rápida y se dejó ir por esa primavera de luces verdes, que se abrían como una floración luminosa y progresiva. Estaba tan concentrado en manejar, lo hacía con una positiva elegancia, rápido, pero sin permitirse jamás un sobresalto, graduando la aceleración y desaceleración de la marcha para que acompañara perfectamente el ritmo del mundo, como en una coreografía improvisada donde el auto fuese el solista rodeado de un vasto cuerpo de ballet hecho de semáforos, autos, curvas y otros eventos físicos, cuya cohesión pendía –ahora que por suerte los amores bipátridas de la tal Madeleine se habían eclipsado– de la voz de Françoise Hardy, un tanto empastada sobre unos arreglos anticuados y cursis a los que la velocidad prestaba sin embargo una distancia mordaz, *tous les garçons et les filles de mon âge / font ensemble des projets d’avenir*. El cónsul sintió la mirada de Elga en su oreja. ¿Qué?, se volvió hacia ella: su sonrisa triste la tranquilizó, no era para tanto entonces. Se animó: ¡La harpía, por Dios, Bulgaria, vieja hipócrita!, y por fin un poco de tensión drenó a través de las risas. Pero el desahogo fue efímero, Mãrlo no tardó en ponerse otra vez muy serio, como si su concentración apenas pudiese bifurcarse para atender a no más de dos embestidas fenoménicas a un tiempo: la materialidad apremiante de las calles, que avanzaba hacia el auto desde todos los ángulos, y una especie de pozo de aire interno al que parecía asomado desde hacía demasiados días. Elga tuvo una idea para un cuadro, le gustaba partir de ideas, incluso si después la pintura tomaba otro rumbo. Pero no dijo nada, porque tenía que ver con él y porque estaban bien así, metidos en la cápsula estanco del coche, sin pensar en gran cosa, sobre todo no pensando en proyectos futuros, totalmente absortos en ese pasado musical que, sellado para siempre a los acontecimientos, iba estibado como a bordo de una góndola fúnebre por los canales de la ciudad.

Bajo el emparrado de una confitería en un barrio lejano, por los rincones una pobre música funcional entre el jazz y la bossa nova –*ni l’un ni l’autre*, pensó Elga–, y sobre la mesa los cafés sin azúcar ni palabras y una macita de nada. Parecía apaleado, su pobre cónsul, pero con una especie de entereza que ella le había conocido en pocas, difíciles circunstancias, y que le parecía que siempre estaba ahí, agazapada. Era esa cosa búcara que había caracterizado a su suegro (de manera más permanente en sus últimos años de vida), como un silencio inexpugnable en el que los metían a los Ehr las penas o las tribulaciones y del que parecían extraer, sin embargo, una fuerza extraña que a ella le daba ganas de pintar, porque la fuerza siempre la excitaba un poco. Sí, sí: la erotizaba, era eso, sin ambigüedades, y su pintura venía de allí, desde chica, largas masturbaciones de color, de las que salía renovada, purificada, cariñosa. Vieja indecente, pensó, y se sonrieron. ¿Vamos?, dijo él, sereno pero sin dejar lugar para una réplica negativa. Sí, vamos, querido. Sin música esta vez, y ella sabía cuánto le gustaba a él sentir el silencio del auto, un silencio fabricado y funcional, como un tono, el tono muscular de la máquina, volvieron a casa entre las luces que ahora reventaban dentro de una fina garúa. El cónsul puso los limpiaparabrisas y entró en la autopista. Era una opción agridulce: el máximo goce sería también el más breve. Salieron del puente justo delante de la embajada de Francia, que estaba iluminada por dentro como para otra de esas galas, pasaron de largo y doblaron por Juncal, la curva de Montevideo alrededor de la plaza. En el semáforo de Rodríguez Peña el limpiaparabrisas llevaba un compás distinto al de la luz de giro que titilaba en el tablero y también en los bordes del mundo, allá adelante, en la doble proa del auto un poco demasiado grande para el gusto de Elga. Era como un combate existencial, el guiño arrojaba sus ejércitos de gotitas anaranjadas sobre el parabrisas, mal armadas para la guerra, y la escobilla las barría a su propio ritmo, sin molestarse demasiado en medir al enemigo, que quedaba hecho un amasijo de color contra los bordes cromados. Cambió la luz y sobre el campo de batalla se derramó una sangre verde: barrida enseguida, también, por la policía oscilante y por el giro del auto, que tomó solemnemente Rodríguez Peña como un barco que va entrando en puerto. Los últimos metros por Arenales los hicieron a paso de hombre y enseguida a la izquierda, donde el cónsul detuvo la marcha sobre la bajada de cordón, mientras el portón del garaje se alzaba lentamente. Los faros iluminaron el viejo edificio, desde la vereda hasta el tercero o cuarto piso. Y ahí estaba, prendido a la reja del balcón del segundo, justo en el eje de la fachada, el escudo con el bosquecito que rodeaba, por los dos lados, la guirnalda de aguas del río Bucårin. En lo alto un sol incipiente, de amanecer promisorio o, al contrario, un sol poniente que abandona cobardemente el barco. Y alrededor, diminutas, siguiendo la curva del escudo, las letras del nombre del país que a esa hora resultaban ilegibles, como escritas en un idioma de sueños. Elga vio que Mãrlo también miraba el escudo: su mano derecha dio unos golpecitos en el volante, siguiendo el ritmo de la luz intermitente. Entraron en el garaje como en un gigantesco quirófano, mal iluminado y ni hablar de asepsia, que sólo el hábito impedía imaginar como el escenario de una carnicería bestial. Siempre había una tristeza al abrir la puerta del auto y salir a ese silencio sin pulso, entre el olor a neumáticos, la pátina de hollín sobre las paredes medio azules medio blancas y los leves crujidos del motor que empieza a enfriarse. En el ascensor, Elga tomó su mano: tal vez podría guiar suavemente aquellas yemas a los lagos interiores, tal vez conseguiría llevar ese hombre al calor de regiones de olvido, donde el anhelo de una patria conoce su extenuación y su sosiego. Tal vez podría.